

TEÓLOGOS EXTRANJEROS FORMADOS EN ESPAÑA

I

No hemos visto que nadie haya tratado de esta interesante materia, que no puede menos de redundar en loa de nuestra patria. No sólo hubo en España eminentes teólogos, que fueron la luz del mundo cristiano, sino que en sus brillantes Escuelas y Universidades estudiaron y se formaron grandes teólogos extranjeros. Daremos una idea de los principales en varios artículos sin detenernos mucho en su examen para no hacernos interminables. Seguiremos en lo posible el orden cronológico de nacimiento, sin que esto signifique que no lo variemos cuando las conveniencias lo dicten.

EL MONJE GERBERTO O EL PAPA SILVESTRE II

En los alrededores de Aurillac, a orillas del torrente Jordana que desde lo alto de las montañas se despeña al centro de un frondoso valle, álzase una humilde aldehuela llamada Belliac. La tradición la señala como la cuna de Gerberto. Nació este insigne monje a mediados del siglo X, o, según Chevalier (1), hacia 930. Una leyenda que se repite entre los payeses de la comarca refiere que al aparecer en el mundo aquel niño cantó tres veces el gallo, y los ecos de su voz resonaron en la Ciudad Eterna. Apenas le apuntaba el bozo cuando ingresó en el monasterio benedictino de Aurillac, donde aprendió la gramática bajo la hábil dirección de Raimundo de Lavaur. En pocos años su maestro le comunicó todo el caudal de sus conocimientos (2).

(1) *Répertoire des Sources Historiques des Moyen Age* por Ulysse Chevalier (París, MCMIII-IV). Trae una abundantísima bibliografía sobre Gerberto: cita 110 autores; de ellos tres españoles, Fita, Flórez y Amador de los Ríos. Cols. 4.257-4.260.

(2) Seguimos a H. Colombier: *Etudes Religieuses, Historiques et Littéraires* (París, 1899), tom. 22, pp. 81-110; 248-279. Véase su polémica con M. Olleris, pp. 451-462 y 604-617.

Un suceso inesperado iba a abrir nuevos y rosados horizontes a sus anhelos insaciables de saber. Borrell, Conde de Barcelona, peregrinó el año 967 a la tumba de S. Geraud en la Abadía Aurillacense en busca de inspiraciones y luces para su gobierno. El abad del monasterio le preguntó si existían maestros eminentes en España que pudieran completar la instrucción de uno de sus monjes más sobresalientes denominado Gerberto. Contestóle afirmativamente; y entonces aquel prelado le entregó al joven escolar. Envióle Borrell a la escuela floreciente de Hatton, Obispo de Ausona (Vich). Es mera fábula pulverizada por Flórez y Risco (*España Sagrada*, tom. 28, *Advertencias*), el que Gerberto frecuentase las academias mahometanas de Sevilla o Córdoba, o Toledo; no asistió a otras que a las del sabio Hatton. Dióse aquí el monje francés con tanto ahinco al estudio, que consiguió, acertadamente encaminado por su maestro, hacerse dueño de todas las ciencias, llegando a ser la maravilla de su siglo: la aritmética, la música, la geometría, física, astronomía, medicina le fueron familiares.

¿Cuánto tiempo residió en Vich el joven estudiante? Responde el P. Colombier que tres años, es a saber, de 967 a 970. El Sr. Amador de los Ríos asegura «que en 964 salvaba Gerberto los Pirineos... y que seis años permaneció en Ausona, en donde tuvo por condiscípulos a... Lupito y Bonfilio». El mismo ilustre historiador opina que en las escuelas isidorianas españolas, a las que pertenecía la de Vich, se estudiaban las Etimologías de San Isidoro, en las cuales «se personifica la civilización hispano-latina ya vencedora de la barbarie visigoda y se comprendía la filosofía y la teología, matemáticas y ciencias naturales, agricultura y astronomía, filología y literatura, historia y arqueología» (1). Por eso no vacila en añadir estas palabras: «Instruyóse Gerberto con más profundidad que la ordinaria en aquellas disciplinas que tan exacta y brillantemente había definido Isidoro en su libro de Etimologías conforme a la doctrina aristotélica; y más dado que otro a las abstracciones matemáticas, engolfóse por extremo en la contemplación de esta ciencia, con gran contentamiento del Obispo Hatton, apud quem (dice un testigo casi presencial) plurimum mathesi studuit». Guillermo Malmesburg, lib. II *Hist. Angl.* págs. 64-64, afirma entre otras cosas: «Allí (en España) aprendió la significación

(1) *Revista de España*, tom. 6, pág. 222.

del canto y vuelo de las aves; allí a forjar en su interior tenues figuras; allí, en fin, todo lo que de saludable o dañoso percibe la curiosidad humana». No puede, por tanto, sorprender que se le reputara por hechicero en aquel siglo de ignorancia.

En 970 partían para Roma el Conde Borrell y el Obispo Hatton, que quiso llevar por compañero a su discípulo Gerberto. Prendado el Papa Juan XIII de las excelsas dotes del monje dió cuenta al Emperador Otón II de que había hallado un maestro competentísimo de música y astronomía, de que se carecía a la sazón en Italia. El soberano le obliga a enseñar en Roma, y más de una vez se mezcló para oírle entre los discípulos de Gerberto. Tornó éste en 972 a Reims, con ánimo de perfeccionarse en la lógica. El arzobispo Adalberón le encomendó la escuela episcopal, a la que no tardaron en acudir numerosos e insignes alumnos. Merecen mencionarse entre éstos Roberto, más adelante rey de Francia, Fulberto de Chartres y el historiador Richer.

Da éste último a conocer el método adoptado por su maestro en la enseñanza, que probablemente sería un trasunto del de Ausona. Resúmelo el P. Colombier en estas brevisimas frases: «Abrazaba su enseñanza la retórica, la lógica y todas las ciencias comprendidas en aquel tiempo bajo el apellido de matemáticas. Construía con sus propias manos instrumentos astronómicos, ya para uso peculiar, ya para ofrecerlos a sus amigos en cambio de algún precioso manuscrito. Copiaba y hacía copiar en todas partes los libros que faltaban en su biblioteca.» En una justa literaria tenida en Ravena el 980 con Otric, famoso filósofo tudesco, delante de Otón II, obtuvo los laureles de la victoria. Nombróle el Emperador abad del riquísimo monasterio de Bobbio; pero, encontrando recias dificultades en su gobierno, volvió a su escuela remense y aceptó el cargo de Secretario del Arzobispo.

Aquí intervino en las revueltas y alteraciones que sobrevinieron en aquellas regiones por las ambiciones y codicias de Obispos y Príncipes, y cambio de dinastía francesa, de la carlovingia a la capeta. Logró en el Concilio celebrado en Saint-Basle, abadía a tres leguas de Reims, que se depusiera a Arnolfo; arzobispo remense, y que en su lugar le eligieran los sufragáneos del arzobispado; pero tal Concilio, al que Gerberto pretendió vanamente justificar en sus escritos, usurpó prerrogativas pontificias esenciales, y jamás mereció

la aprobación de Roma. Gerberto, reunido en Celles con otros prelados franceses, formó una liga general para oponerse a la autoridad de la Sede Apostólica, y rechazar los rayos del anatema que se fulminase contra ellos. Juan XV no se amedrentó y los declaró excomulgados, y envió un legado a Francia para refrenar a los Obispos revoltosos. En el sínodo de Mouzon, convocado en 995, y en el de Senlis del mismo año, nada pudo recabar Gerberto, a pesar de sus elocuentes peroraciones.

Fortuna fué para él que el emperador Otón III le llamase a su lado, a fin de que le acabase de instruir y sirviera de Secretario. En 28 de abril de 998 remitióle el Papa Gregorio V el palio de Arzobispo de Ravena. En el año que desempeñó aquella prelación se manifestó como un grande Obispo y consejero íntimo del Pontífice. Al fallecimiento de Gregorio V subió, bajo la égida imperial, a la silla de San Pedro, en la que canceló, con su noble proceder, las quiebras que sombrearon su vida antepasada. Durante cuatro años, dice Colombier, nuevo Silvestre, apoyado por otro Constantino, dirigió el timón de la Iglesia con una majestad y prestigio que apenas si han sido sobrepujados; pudo pensarse que con el auxilio de Otón III daría al mundo una Constitución definitiva, mediante la alianza del pontificado y del imperio; adivinábase también la era de las cruzadas; él lanzó el primer grito de alerta a los cristianos de occidente en favor de sus hermanos orientales, y artilló la cristiandad con dos baluartes: la Polonia y la Hungría.

Pero tan sonrientes esperanzas vino a desvanecerlas la muerte del amable y valiente emperador acaecida el 23 de enero de 1002. Al año siguiente, el 1003, en 12 de mayo, bajaba al sepulcro, coronado con una aureola de gloria imperecedera, el alumno de la escuela de Hatton, el monje Gerberto, el Pontífice insigne conocido en la historia con el nombre de Silvestre II.

Legó a la posteridad diferentes obras científicas que patentizan su dominio en la retórica, matemáticas, filosofía, cánones y en la teología. Sobre esta ciencia escribió un opúsculo muy señalado, a juicio del P. Colombier, que se ha impreso repetidas veces. La postrera edición se debe al decano de la Facultad de Letras de Clermont, A. Olleis, que publicó con sumo esmero en 1867 las *Œuvres de Gerbert...* precedidas de su biografía y seguidas de notas críticas, y mereció por ello los aplausos de los sabios de la Auvernia, y el premio del Institu-

to de Francia. Sobre las anteriores impresiones diserta así Migne en el tomo 139 de la Patrología latina. El librito *De Sanguine et Corpore Domini*, a que aludimos, se insertó en el tomo 1.º, parte 2.ª, páginas 133-148 de las *Anécdotas* de Bernardo Pez; lo habían antes editado Luis Cellot, sin nombre de autor, en el *Apéndice a la Historia de Goteskalk* (París, 1655), y el P. Mabillon, con el nombre de Heriger, abad de Laubes, en los *Prolegómenos de la parte 2.ª del siglo cuarto benedictino*. Pero Pez, estribando en el testimonio del Códice de Gotweich y otros caracteres intrínsecos, lo restituyó a Gerberto. Transcribe Migne el libro editado por el dicho Bernardo Pez y lo incluye en las columnas 179-188 del mencionado volumen. En la *Noticia literaria* que le precede da razón de su contenido y se hace su crítica, que estimamos bastante acertada.

Dos motivos tuvo Gerberto para escribirlo: el primero era el empeño de probar que Pascasio Radberto y sus secuaces defensores de que el cuerpo de Cristo en la Eucaristía se identificaba con el nacido de la Virgen, muerto y resucitado, no difería de los que con Rabano Mauro y Ratramno sostenían verbalmente lo contrario. El otro motivo se cifraba en el deseo de impugnar a los estercorianos patentizando la necesidad de su error. De aquí que divide en dos partes su escrito: la primera, que es la más prolija, se endereza a declarar la verdad fundamental de ambas sentencias, para que se vea que no solamente no disienten entre sí tan ilustres varones, sino que en la Iglesia Católica todos deben profesar las mismas creencias, sin que yerga su cabeza el monstruo del cisma, «ut pateat... et tantos viros non dissentire et in catholica Ecclesia unum et idem debere omnes sapere et schisma non esse». Alega en pro de su tesis bastantes testimonios, generalmente bien escogidos, de padres griegos y latinos, como de Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Hilario, a quien llama «lucifer romanorum», Basilio, Fulgencio y Cirilo; robustece su razonamiento con argumentos sacados de la aritmética, dialéctica, geometría y esclarecidos con figuras. De Pascasio y de su obra habla con elogio; y demuestra invenciblemente la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

Es más sucinto en la segunda parte, que se dirige contra Heribaldo, Obispo de Auxerre, que propuso la cuestión mal a Rabano, y éste la explicó peor, y dedujo conclusiones pésimas. Abusaban los estercorianos del texto de S. Mateo, 15¹⁷ quod in os intrat, etc.; y aprovecha la ocasión de refutar a ciertos herejes mantenedores del desatino

que Cristo ignoró la física. Gerberto hace alarde de poseerla explicando la digestión. Concluye que es ridículo pensar que un alimento espiritual como el cuerpo de Cristo se someta a la acción digestiva y a sus consecuencias; sirve exclusivamente a la sustentación del alma, y si influye en el cuerpo será sólo como germen o simiente de la resurrección en el día postrero del Juicio.

Resplandece este tratadito por el espíritu de conciliación doctrinal, copia de alegaciones patrísticas y recta argumentación, y no deja de ser interesante en la historia de las controversias eucarísticas, que tanta polvareda levantaron en Francia en el siglo nono. Algunos opinan que en la primera parte se expresa Gerberto con cierta nebulosidad y aun, en sentir de Mabillon, se muestra en ella contrario a Pascasio Radberto.

No existe indicio alguno por el que pueda barruntarse si este Tratado lo compuso el benedictino francés antes o después de su Episcopado; de todos modos no debe dudarse que su formación científica en las escuelas españolas contribuiría grandemente a esclarecer y puntualizar sus ideas teológicas en materia de tanta transcendencia.

EL OBISPO FRANCISCANO PATRICIO O'HELY

Los cronistas franciscanos españoles narran la vida y martirio de un hijo ilustre de Irlanda que había hecho sus estudios teológicos en España (1). Llámánle Patricio Helio castellanizando su apellido irlandés O'Hely. Asegura el P. González de la Torre que era de nación inglés; mejor enterado, o con más exactitud, lo hace el P. Huélamo del Señorío de Hibernia. Había nacido en Connaught, y muy joven abrazó en su patria el Instituto de San Francisco de Asís. Si prestamos crédito a Fr. Melchor Huélamo, estudió las artes o filosofía en el Convento franciscano de San Clemente, y Teología en Cuenca y en la Universidad de Alcalá. En cambio Fr. Eusebio González de la Torre escribe que «con deseo de instruirse sólidamente en los miste-

(1) Huélamo, *Historia de las personas ilustres y notables en Santidad de la Santa provincia de Cartagena de la Orden de nuestro Padre San Francisco*... Cuenca, 1917, página 72...; González de la Torre, *Crónica de la Religión de nuestro Padre San Francisco*. Sexta Parte. Año 1725, Madrid, pág. 743... Alvarez (Diego), *Memorial ilustre de los famosos hijos del Real, Grave y Religioso Convento de Santa María de Jesús (vulgo San Diego de Alcalá)*, Alcalá, 1753, pág. 175.

rios de la santa fe y aplicarse al estudio de la Sagrada Teología, para predicar y argüir contra los herejes de su reino, vino al Santo Convento de San Diego de Alcalá». Lo propio testimonia el P. Alvarez, O. S. F., añadiendo que moró en él muchos años.

Lo que no puede ponerse en duda es que saliera aventajadísimo teólogo. Huélamo afirma que «estudió las ciencias escolásticas con mucha aprobación y suficiencia»: González, que «después de algunos años (que vivió en el de San Diego) salió consumado teólogo místico y escolástico». Alvarez, que en estas aulas de San Diego se hizo famoso y celebrado teólogo escolástico. Tomás F. Meehan, que traza con diligencia la semblanza del Prelado franciscano, atestigua que en la Universidad Complutense sobrepujo a sus contemporáneos en los estudios sagrados (1). Y una muestra fehaciente de su saber la dió los siete u ocho meses que al ir a Irlanda se detuvo en París. «En los estudios de la Universidad parisiense, dice Huélamo, mostró muy bien las buenas letras que en España había aprendido. Causaba admiración ver a un Santo Obispo acudir a las conclusiones de todas las Facultades, acudiendo algunas veces a las escuelas de los terministas y gramáticos». Por su parte agrega Alvarez que disputó acérrimamente con los herejes en público y en secreto con tan admirable fruto que muchos se hicieron católicos, reconciliándose con la Iglesia Romana: aunque, a decir verdad, no aduce Alvarez prueba alguna de su aserto, y se requería probarlo para darle asentimiento. Meehan se explica así sobre este punto: «En París tomó parte en las públicas disputas en la Universidad, pasando a sus oyentes por el dominio en la patrística, teología polémica, y en la filosofía escotística».

Ni deja de ser indicio persuasivo de su aprovechamiento en virtud y ciencia la dignidad que, a pesar de sus no muchos años, le confirió Gregorio XIII: porque acabada la carrera literaria en España se le llamó a Roma, y allí le nombró en 1576 el Vicario de Cristo Obispo de la diócesis de Mayo, que luego se refundió en la de Tuam, y le otorgó autoridad para que ejerciera actos episcopales en las diócesis vecinas si estuvieran huérfanas de Pastor, y al propio tiempo le socorrió generosamente con larguezas pecuniarias.

De Roma pasó el Ilmo. O'Hely a París; y en el otoño de 1579 se

(1) *The Catholic Encyclopedie*, New York, tom. XI, pág. 225.

hizo a la vela para su querida Irlanda: arribó a la costa de Kerry después que Jaime Fitzmaurize desembarcó en Smerwick viniendo de Portugal con los restos de la expedición de Stukeley. Toda la provincia de Munster ardía en guerra; el Obispo de Mayo con su compañero Conn O'Rourke, sacerdote franciscano, hijo de Brian, Lord de Breifne, tomó tierra cerca de Askeaton y buscó hospitalidad en el castillo de Desmond, en donde los acogió la Condesa en ausencia del Conde su marido.

Al día siguiente partieron para Lymerick; aquí, por delación de la alevosa y fementida Condesa de Desmond, los hizo prisioneros el gobernador, y los remitió a Kilmallock, residencia del lord o ministro de la Justicia, Drury, que se hallaba a la cabeza de un ejército. Como presidente de Munster, cometió Drury horrendas crueldades y vejaciones; al Obispo O' Hely, sin embargo, le prometió afianzarle en su silla episcopal, si reconocía la supremacía real y declaraba los negocios que le conducían a su tierra. Respondióle el Prelado que no trocaría la joya de su fe por la vida y los honores; los negocios que llevaba eran los propios de un Pastor de las almas: fomentar la religión católica y salvar hombres. No profirió palabra sobre los planes del Papa y Rey de España, tocantes a invadir la Irlanda; por eso sometióse a tortura, y en ella, a decir de Huélamo, se le cortaron los dedos, y, según Alvarez, le metieron, a puros martillazos, por las uñas de las manos, agudísimas puntas de acero, hasta arrancárselas de los dedos.

Como persistiese mudo se le condenó, juntamente con su compañero, a ignominiosa muerte de horca. La ejecución se verificó en las afueras de una puerta de Kilmallock, el año de 1579. Al invicto mártir O' Hely lo celebra el P. Alvarez como «un esforzado espíritu que supo tejer coronas y guirnaldas para su cabeza, y laureles para este Convento admirable de Santa María de Jesús, de Alcalá».

EL JESUÍTA MANUEL DE SA

Grandes elogios se han tributado a este docto religioso, nacido el 1530 en Villa do Conde, perteneciente a la provincia portuguesa Entre Douro e Minho (1). Alistóse en la milicia de San Ignacio, en

(1) Sotuello (Nataanael), *Bibliotheca Scriptorum Societatis Jesu*, Romae, M.DC.LXXVI, pág. 193.

Coímbra, apenas cumplidos los quince años, el 7 de abril de 1546. Destinósele a Gandía, en cuya Universidad leyó, no teniendo sino diecisiete años, la Filosofía, segunda vez, y privadamente, al Santo Duque Francisco. Las conclusiones de *su propia confusión* se las remitió Borja al P. Sa con este billete: «Mire en estas conclusiones, y en ellas añada o quite lo que mejor juzgare».

Al propio tiempo que regentaba la cátedra de Filosofía, estudiaba la Teología bajo el magisterio del mercedario P. Jerónimo Pérez, a quien invitó San Francisco de Borja a leer la ciencia sagrada en su Universidad de Gandía. Con tan sabio maestro aprovechó notablemente en los estudios, «entrándose, dice el Cardenal Cienfuegos, por los escondidos senos de la Teología, como aquel héroe Colón por los del mar». Sustentó el primer Acto teológico que se tuvo en aquella Escuela, con raro lucimiento. Acompañó al Duque en su jornada a Roma, y vuelto de ella se le envió al Colegio de Alcalá, o ya para enseñar Filosofía a los jóvenes jesuitas, o ya para refinar sus propios estudios de Teología en la piedra de toque de la Universidad complutense; mas no fué aquí profesor público, como afirma Braunsberger.

Muy pronto se le llamó de Roma. Ordenóse de Sacerdote en 1555, e hizo la profesión solemne en 2 de febrero de 1559. Al darse comienzo el 1557 a los estudios del Colegio Romano, principió a explicar, en calidad de profesor, el profeta Oseas y la prima segunda de Santo Tomás. En la lista de los lectores de Teología Dogmático-escolástica del citado Colegio, aparece explicándola de 1559 a 1564, y otra vez en 1570. Leyó, asimismo, varios años, Escritura, y tuvo el cargo de Prefecto de Estudios. Presidió conclusiones teológicas en los Actos públicos tenidos en Roma con ocasión del nombramiento de General de la Compañía, que recayó en el P. Lainez. A ellos asistieron buen número de Cardenales y Prelados, que admiraron el ingenio vivaz y singular modestia del joven maestro.

En otoño de 1559 se le señaló por visitador de los Colegios de Toscana y Marca de Ancona. Quiso Pío V que en la corrección de la edición de la Vulgata, o mejor dicho, en la preparación de la edición de los Setenta intervinieran dos jesuitas; y el Padre General le designó al P. Sa, juntamente con el P. Parra; al decir de Polanco, desempeñó su oficio a satisfacción de todos. Nombrósele en ausencia del P. Toledo, por predicador ordinario del Palacio Pontificio y Pe-

nitencionario mayor. Pasó a Milán a consolidar el Seminario y fomentar en él los buenos estudios; a los diez años tornó a Roma; de aquí se fué a Loreto, de donde se partió a Génova; y en esta ciudad, es increíble el número de los que a él acudían en busca de consejo; recogióse, por fin, al Noviciado de Arona (Milán) y entregado a la oración y a prácticas de piedad y caridad rindió su alma al Señor en 30 de diciembre de 1596.

«Grangeóse reputación—escribe Vigouroux—de teólogo y exégeta»; y podía haber añadido de moralista, ya que San Alfonso de Ligorio le cuenta en el censo de los autores graves y probabilistas. Resplandeció singularmente por su buen criterio teológico, según lo pregonaban los Santos Padres Canisio y Belarmino. «Estimo en mucho—escribía aquél—el juicio del P. Manuel, y he experimentado que él ve lo que a otros se les huye de los ojos. Por eso desearía que examinara y corrigiera mis escritos más que ningún otro». Y, en efecto, el P. Sa revisó el renombrado Catecismo de Canisio, con mucho contentamiento del Santo, que le daba las gracias efusivamente por ello, y aseguraba que sus fatigas no serían infructuosas. El Catecismo Canisiano o Suma de Teología alcanzó incontables ediciones, se tradujo a diferentes idiomas y tuvo el mérito de ser rabiósamente combatido por algunos protestantes.

El P. Belarmino escribía al P. Claudio Aquaviva, a propósito de una crítica acerba que hizo contra sus controversias el jesuita húngaro Esteban Izanto o Aratro (1). «Hace pocos años me envió una carta el P. Sa, en que me significaba haber leído mi primer tomo con suma diligencia, y a vueltas de muchos elogios, más de lo que merecía, me avisaba de cuanto juzgaba digno de corrección. Viendo yo que tenía razón en algunas cosas, mandé al impresor que en la segunda impresión las corrigiera. Vuestra Paternidad conoce la exactitud del P. Manuel en tales censuras, y es de creer que las contradicciones que en mi obra señala el P. Aratro no se le habrían escapado, y, sin embargo, no las menciona».

A juicio del P. Henao siguió el P. Sa la sentencia que prevaleció en la Compañía de la gracia eficaz *ab extrinseco*. En cambio certifica el Cardenal Belarmino, contra Lesio, que la predestinación a la gloria *ante previsa merita* se sostuvo en la Orden de San Ignacio a los

(1) Le Bachelet, *Belarmin avant son Cardinalat...* Paris, 1911, pág. 319.

principios, como consta de las enseñanzas de los PP. Olave, Sa, Ledesma. El agustino González de Critana, en la «Tercera parte del Confesonario, del uso bueno y malo de las comedias», alega al P. Sa como impugnador de las que se representaban en aquella época.

En testimonio de su mucho saber quedan diversas obras del Padre Sa, muy estimadas. A no dudarlo, él fué quien dictó las *Assertiones Theologicae disputandae in templo Societatis Jesu tempore electionis Praepositi generalis. Respondente uno ejusdem Societatis Jesu*. Son tesis tomadas de la Escritura, Maestro de las Sentencias, y Santo Tomás, propuestas concisa y metódicamente, en que se defiende la doctrina corriente en las Escuelas. Mantúvolas el P. Sa delante de un concurso de selectas personas, que aplaudieron la ciencia del sustentante, su elegancia en las explicaciones, prontitud en las réplicas y modestia en el porte.

Scholia in quatuor Evangelia ex selectis Doctorum sacrorum sententiis collecta. Los escolios a los cuatro Evangelios, recogidos de las sentencias selectas de los Sagrados Doctores. Amberes, 1596; Lyon, 1602; Venecia, 1602; Lyon, 1609; Colonia, 1612; Colonia, 1620; Lyon, 1620. Puede considerarse esta obra, en sentir de Sotwel, como una áurea cadena de Santos Padres; es breve pero erudita.

Notationes in totam Scripturam sacram. Quibus omnia fere loca difficilia brevissime explicantur: tum variae ex hebraeo, chaldaeo et graeco lectiones indicantur... Anotaciones a toda la Sagrada Escritura, en que se explican brevisísimamente casi todos los lugares más difíciles, y se indican las diversas lecciones de los textos hebreo, caldeo y griego. Amberes, 1598. Sommervogel hace mención de otras nueve ediciones y advierte que se insertaron en la *Biblia Magna* del franciscano La Haye, y las concernientes al Eclesiástico en el *Cursus Scripturae Sacrae* de Migne, tomo XVII, col. 677-972. Las *Anotaciones*, afirma Vigouroux en su *Dictionnaire de la Bible*, explican el sentido literal del texto sagrado con brevedad, claridad y precisión. Utilísimas para los principiantes las juzga Calmet, y las recomiendan a los mismos y a los que no gustan de prodijos comentarios, en donde suelen abundar las inutilidades, Simon, Dupin, André y Feller. Repara Miguel de San José en que, a juicio de ciertos literatos, trasegó a su obra el P. Sa no pocas cosas de la Biblia de Vatablo.

Aphorismi Confessariorum ex Doctorum sententiis collecti. Afo-

rismos de los confesores sacados de las sentencias de los doctores, Venecia 1595. Este libro, fruto de cuarenta años de estudio, que, según Backer, logró más de 30 impresiones en treinta años, tuvo sus percances y tropiezos. Delató la primera edición en 1597 el maestro Báñez a la Inquisición romana. Por decreto de 7 de agosto de 1603 se prohibieron los ejemplares que no estuvieran corregidos conforme a la impresión romana de 1602. La primera edición corregida no apareció hasta 1607. El Maestro del Sacro Palacio, el dominico Brasichel, la hizo enmendar en más de cien lugares por no acomodarse al sentir recibido de los teólogos. El P. Henao, en su *Scientia Media historice propugnata* dedica el XX parergón a discutir varias correcciones de los Aforismos de Sa «que se dicen hechas por el R. Maestro del Sacro Palacio Apostólico». Lo que sentía el P. Juan de Pineda, S. J., de tales enmiendas, indicamos en ESTUDIOS ECLESIASTICOS, tomo III, núm. 10, pág. 190. El Expurgatorio español de Sandoval que notó dos lugares en la obra del P. Sa lanzó una terrible indirecta contra el zurcador de los Aforismos castigados.

El P. Alcázar finaliza de esta suerte el elogio del P. Sa: «Ultimamente escribió la vida del P. Juan de Texeda estrella del cielo seráfico». Tuvo esta biografía entre sus manos el P. Julio Negrone, como lo significa en los comentarios ascéticos a las reglas comunes de la Compañía de Jesús.

EL JESUÍTA JUAN WILLEMS O HARLEMIO

En la ciudad de Lovaina fallecía el 1.º de octubre de 1578, tocado de pestilencia, el P. Juan Willems o Vilhelmi o Harlemio, lingüista notable y teólogo insigne (1). Tuvo por patria a Harleem, población ahora de la Holanda Septentrional, donde vió la primera luz hacia el 1537; de aquí se le derivó el apellido de Harlémio. Después de estudiar y aun licenciarse en el Colegio de Arras, ingresó en la Compañía de Jesús el 1564; a los dos años hacía los votos simples y en 5 de julio de 1572 la profesión solemne. Siguió sus estudios teológicos en Bélgica, pero para perfeccionarlos y completarlos se le envió a nuestra patria. De ello da noticia en una carta preciosísima que des-

(1) Sotuelo (Natanael), *Bibliotheca Scriptorum Societatis Iesu...* Romae, M. DC. LXXXVI, pág. 46.

de Valladolid dirigió, el 31 de diciembre de 1569, al P. General de la Compañía, Everardo Mercuriano.

En dicha epístola se expresa de esta forma: «Enviado de Bélgica a España para coronar mis estudios, pensaba yo que un año en esta nación se me haría más largo que seis pasados en Alemania; pero ha sido muy al revés. Los hastíos que he podido sufrir se han disipado ya; y queda un fruto riquísimo. Hay aquí excelentes profesores de Teología, y he recogido lo más importante de sus enseñanzas, copiándolas o haciéndolas copiar con algún dinero que recibí de la madre de Don Juan de Austria, cuyo confesor fui mientras él vivió. Con este tesoro me considero más rico que Crespo. He conseguido el intento de mi viaje; y hallándome para cumplir treinta años, hora es ya de salir de este reino. Fuera de eso, temo que si persevero en estas partes llegue a perder el uso de la lengua griega y aun desaparezca en mí la cultura que había adquirido, a causa de la herrumbre del lenguaje bárbaro que en las aulas priva. Ya he conseguido ver a Bélgica, Alemania, Francia, Portugal y España. Réstame visitar a Italia que es la flor de Europa y señora de los pueblos; y por fin, contemplar a Roma misma, centro del universo, emperatriz del orbe, luz de Italia, santuario de la Religión verdadera. Buscaré luego un rincón a donde retirarme y poner por obra un proyecto que someto al parecer de V. P. Quisiera reducir toda la Filosofía y Teología al modo del Catecismo del Concilio de Trento, es a saber, pretendo imitar su lenguaje y estilo. Nadie lo ha efectuado hasta el presente; y los que han intentado hacerlo, o no poseían bastante doctrina, o carecían de elegancia. Importa juntar la solidez de la materia con la belleza de la forma, y de tiempo atrás, desde que enseñé Filosofía en Maguncia, he observado que no ofrece eso tanta dificultad como generalmente se imagina».

¿Le concedió el P. General pasar a Italia? No parece; o, al menos, la recorrió como un relámpago: pues en 1570 le vemos laurearse de Teología en la Universidad de Lovaina y comenzar su magisterio en Bélgica. El 19 de noviembre de aquel año comunicaba el P. Coster al R. P. Mercuriano que se había principiado en el Colegio lovanien- se un curso de Teología con tres profesores: Belarmino, que tenía 100 discípulos; Harlemio, que leía Escritura a cerca de 50; y Edmundo Tenero, irlandés, que explicaba la prima segunda a unos 40. El 23 de enero de 1572, decía el Provincial de Alemania Balduino de Lange

al P. General lo siguiente: Fuera de los dos maestros de Lovaina, el P. Roberto Belarmino y el P. Juan Harlemio, no tenemos otros teólogos en la Provincia, a no ser que venga de Duay el P. Coster; y en 11 de julio de 1571 le participaba que Belarmino y Harlemio habían tornado a sus lecciones teológicas con gran contento y copia de oyentes.

Otro magisterio ejerció el P. Willems con no escaso fruto: a Belarmino le puso en el umbral de la lengua hebrea enseñándole su alfabeto. Ni se concretó su actividad a la enseñanza; desempeñó con loa cargos de gobierno; fué Vicerrector y rector del Colegio de Lovaina y Viceprovincial de la provincia jesuítica de Bélgica.

Su ardiente amor a la sabiduría hizo que entablara relaciones con hombres eminentes en las artes y en las letras. Cristóbal Plantino, el célebre impresor regio de Felipe II, en carta dirigida al P. Canisio, se expresaba así: Al P. Harlemio le debía antes algo; pero ahora mucho más; pues por su persuasión me habéis mandado la parte de los Evangelios y cartas escritas con mucha pulcritud. El P. Cornely le presenta como cooperador de Arias Montano en la edición de la famosa Biblia políglota regia de Amberes; y Sotwel testifica que mereció muy bien de ese monumento regio, porque nombrado del número de los censores, lo reconoció todo, y con su autoridad y firma lo aprobó. En la carta que el mencionado Dr. Arias Montano escribió al monje cartujo D. Estéban Salazar, dándole cuenta de la polémica que sostuvo con el Obispo de Roremunda, Lindano, recuerda a Sonnio, Plantino y Harlemio, que le declararon la queja que contra él tenía aquel irascible prelado. También el notable exegeta Francisco Lucas reconoce haber recibido buenos servicios del eximio jesuita: en el prefacio de la Biblia Sacra refiere que de la riquísima Biblioteca lovaniense de la Compañía de Jesús le suministró cuantos libros le hacían falta; y en la dedicatoria a Belarmino del «Doble Librito de Notas a las varias lecciones que ocurren en los cuatro Evangelios», observa que por mediación del P. Harlemio conoció y trató al Santo Cardenal, que ya por entonces era excelentísimo teólogo.

La muerte que segó su vida en edad todavía temprana impidió que produjera los frutos esperados; son pocos los que de él nos restan. En la imprenta plantiniana estampó Harlemio el *Index biblicus, qui res eas de quibus in sacris bibliis agitur ad certa capita alphabeti ordine digesta, revocata, summa brevitate complectitur*. Índice bíblico que

comprende aquellas cosas de que se trata en la Sagrada Biblia reducidas a ciertos capítulos alfabéticamente ordenados. Amberes, 1571 y 1580. Forma parte de la Sagrada Biblia Políglota, o sea, la llamada Regia de Amberes, que dirigió Benito Arias Montano: Amberes, 1569-1572, ocho volúmenes en folio; de la *Biblia Sacra* impresa en Lyon, en 1581 y 1600; de la *Biblia Sacra* de Francisco Vatablo estampada en Salamanca en 1682. Traslado al francés se insertó en *La Sainte Bible* traducida por los teólogos de Lovaina: París, 1598, y Ruan, 1681. En esa versión se califica el Índice de Harlemio de amplio, docto y católico. El P. Hurter hace resaltar su utilidad.

De la misma oficina de Plantino salieron las *Variae lectiones in latinis Bibliis editionis Vulgatae ex Ms. collectae, et ad textum Hebraicum, Chaldaicum, Graecum et Syriacum examinatae et discussae*. Varias lecciones recogidas de los Manuscritos en las Biblias latinas de la Edición Vulgata examinadas y discutidas según el texto hebreo, caldeo, griego y siríaco: Amberes, 1571. Incluyéronse asimismo en el Aparato de la Biblia Regia de Amberes.

Encomia Francisco Lucas en estas anotaciones el profundo conocimiento de su autor en las precitadas lenguas; y el P. Sotwel celebra al P. Harlemio por su íntima penetración de los misterios teológicos. No faltaron, sin embargo, adversarios y detractores al erudito jesuita. El protestante Juan Papi imprimió contra el P. Willems la Suma de las Abominaciones de la doctrina pontificia sacada del Índice Bíblico escrito por Juan Wilhelm o Juan Harlemio, jesuita lovaniense: Estrasburgo, 1578. Pero esta impugnación, lejos de desautorizarle, le honraba en gran manera; pues daba a entender que el docto religioso holandés interpretaba cuerdamente las enseñanzas pontificias y defendía con acierto la doctrina e intereses de la religión verdadera de Cristo.

A. PÉREZ GOYENA.

